

LA PALABRA EN LA NIEVE

Para Ángel Campos

En 1999, un libro mío obtuvo el premio de poesía Ciudad de Badajoz. Se titulaba *Carnalidad del frío* y había tenido un jurado excepcional. Uno de esos nombres extraordinarios era el de Ángel Campos. Miraba, muy serio y a la vez atentísimo, dentro y fuera de sí. Nombró rápidamente a sus hijas porque debía ir a recogerlas, y a mí me emocionó que un hombre de su trayectoria, de su fidelidad a la palabra escrita, la nuestra y la portuguesa, fuese tan sobrio y a la vez tan apegado a los suyos. Para entonces, yo creía que eran dos características disociadas. Después he sabido que no, sobre todo cuando libros suyos se han puesto en pie con esa verdad emotiva, contenida y honda de *La semilla en la nieve* (2004). No hay palabras para paliar la pérdida, ni siquiera ante quien fue tan austero como exigente consigo mismo. Si acaso, sólo un poema de aquel libro en el que yo me anduve desesperando porque no encontraba palabras contra la muerte y que ahora me permito reescribir:

Cómo volver a escribir sobre lo mismo

si todas las palabras que artículo
desde el alveolo azul de los quebrantos
están viejas, podridas, polvorientas,
se anudan a su propio pañuelo enmohecido
y se ocultan, oscuras e imposibles,
llagadas por el tiempo de la herida,
desde entonces tan torpes, imperfectas.

Porque busco otra cosa y no la encuentro,
un verbo luminoso para quemar la tarde,
que de pronto sea todo insensato amarillo,
que venga nuestra gente en la luz incendiada,
en la espita feliz de todas las burbujas
subiendo como locas, divertidas,
a respirar noviembre que es un nombre insensible
y no sabe que guarda el hueco de la pérdida,
que venga nuestra gente y que se quede
a merendar un sol como un relámpago
duradero, eso sí,
que sea duradero.

Sobre todo que sea duradero.

María Ángeles Pérez López